

DE PANDEMIAS Y OTROS DAÑOS

REFLEXIONES OPTIMISTAS SOBRE LA CADUCIDAD DE LA VIDA

ON PANDEMICS AND OTHER DAMAGES

OPTIMISTIC REFLECTIONS ON THE EXPIRATION OF LIFE

Javier Hernández-Pacheco¹
Universidad de Sevilla (España)

Resumen: Dios quiere dioses. El modo más propiamente humano de asumir la finitud humana, y su forma culminante, que es la muerte, es el esfuerzo por alcanzar la plenitud máxima de la propia esencia en el orden histórico y de la propia existencia en el orden biográfico personal.

Palabras clave: FINITUD-MUERTE-REALIZACIÓN PERSONAL-PESTES-PANDEMIA

Abstract: God wants gods. The most properly human way of assuming human finitude, and its culminating form, which is death, is the effort to reach the maximum fullness of one's own essence in the historical order and of one's own existence in the personal biographical order.

Key words: FINITUDE-DEATH-PERSONAL FULFILLMENT-PLAGUES-PANDEMIC

1. Los Jinetes del Apocalipsis

Hace dos años, en Ávila, las jornadas anuales del Grupo Naturaleza y Libertad de las Universidades de Málaga y Sevilla se dedicaron al estudio y discusión de las propuestas y predicciones del transhumanismo. Se trataba de ver sí y cómo el hombre y la sociedad serían capaces de asumir

[1] Javier Hernández-Pacheco Sanz (Madrid, 1953- Sevilla, 2020) fue profesor catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla. Visiting Scholar en la Universidad de Columbia, Nueva York (1985-86), en el MIT, Cambridge, Massachusetts y en la Northwestern University, Evanston, Illinois (1992) y en la Universidad de Oxford, Reino Unido (2005-2006).

el protagonismo de su propia evolución hacia la definitiva superación de carestías, enfermedades y al final incluso de la siempre molesta mortalidad, ya fuera por aplazamiento indefinido del *exitus*, o por la transferencia de la propia identidad reflexiva a soportes redundantes e indefinidamente sustituibles.

Este año nuestras ya tradicionales Jornadas de Ávila se han suspendido. Cosas de la Covid-19. O como diría cualquier cronista de los siglos XIV o XVII, de la peste. Y eso que ya no tenemos ratas, al menos no en la superficie, ni, tampoco en el desarrollado Occidente, ciudades de aluvión sin saneamiento. Sencillamente un bichito se ha aprovechado de la supuestamente venturosa globalización, para en semanas extenderse por el mundo, aterrorizando a los humanos, hasta la prevención de pisar la calle, subirse al tren o abrazar al antes simpático vecino.

Una vez más, entre el entusiasmo transhumanista y el no menos exagerado terror pandémico, la humanidad ha puesto de manifiesto su carácter ciclotímico, bipolar, que se dice ahora a la última moda psiquiátrica; pero que viene a ser, de Hesiodo para acá, la recurrente alternancia en los asuntos humanos de *hybris* y *némesis*; del intento insensato de conquistar los cielos, para sufrir a continuación la justa venganza de los dioses.

Catervas de moralistas, como siempre en estas crisis, nos aconsejarán ahora la vuelta al equilibrio: dejar tranquilos a murciélagos y pangolines, comer menos pollo, dejar de violar vacas y gallinas, hacernos veganos y por supuesto reducir el consumo de energía, a fin de ocupar nuestro modesto nicho ecológico, si queremos que los dioses se olviden de nosotros y retrasar el otro nicho definitivo del cementerio.

Pero será inútil. El desequilibrio, oscilar entre la soberbia y la desesperación, es nuestro pecado original, el árbol del conocimiento del bien y del cual, del que, se nos dice, nunca debimos comer y en el que perdimos la inocencia. El gustirrinin del «ya lo decía yo» de los administradores de moralina, ya sea clerical o progresista, es contrapunto inútil, que sólo de cuando en cuando tiene razón, allí donde los Cuatro Jinetes —la peste, el hambre, la guerra, y en último término la muerte— campan fuera de control para recordarnos el carácter apocalíptico de nuestra naturaleza. Pero luchar contra ellos para expulsarlos al menos fuera del tapial de nuestras casas y del muro de la ciudad, es lo que mueve la historia del hombre desde

que hace unos diez mil años comenzamos en algunos sitios a comer todos los días y no sólo cuando las piezas de caza se ponían a tiro de hacha, flecha o lanza.

Pero es cierto que la actual crisis sanitaria viene a recordarnos que el daño es algo que esencialmente acompaña a nuestra vida, y que olvidar ese hecho fundamental sólo conduce a engañarnos a nosotros mismos y en ultimo termino a falsear esa vida que incondicionadamente queremos afirmar más allá de esa su precariedad.

Esas pestes, guerras, carestías, y al final la muerte, son, en toda su crudeza y a veces brutalidad, experiencias en las que la existencia, en ocasiones proyectada de forma social, se topa con sus propios límites. Es el *memento mori* de los triunfos romanos, y el *pulvum eris et in pulvum reverteris* con el que la liturgia del Miércoles de Ceniza nos remite al original texto de Anaximandro de Mileto: «De donde todo procede, allí tiene todo que volver, pues todas las cosas han de pagarse en justicia según el orden del tiempo».

Esto de los Jinetes del Apocalipsis no deja de ser curioso. Del «aquí hace falta una guerra», al remoquete en que casi como reproche los abuelos nos decían: «es que vosotros no habéis parado hambre»; hasta la *meditatio mortis* propia de los antiguos ejercicios espirituales pero incorporada después al nihilismo existencialista a lo Cioran, esos Jinetes del Apocalipsis casi se nos presentan como restauradores de la justicia original del Génesis y de Anaximandro. Y en efecto, en ambientes más o menos moralizantes, la actual pandemia—como antes el sida y la peste negra para los flagelantes del siglo XIV— seguro que se ve como un castigo merecido por nuestra arrogancia progresista, heraldo de la catástrofe climática que nos espera y en la que el planeta se desembarazará definitivamente de una humanidad pecadora, los sueños de cuya razón, a decir del sueco Swenborg, generan monstruos.

Lo que pasa es que esos monstruos que a lo largo de 300 años ha ido generando la razón ilustrada; eso que en definitiva llamamos progreso; los pecados de los que los Jinetes del Apocalipsis vienen a ser justa penitencia, no son otros que la lucha contra la peste a base de vacunas y antibióticos; el intento, más fracasado. de instaurar entre las naciones una paz perpetua; el de retrasar a edades avanzadas la enfermedad y la muerte; y el

bastante logrado afán, salvo cuando la guerra lo impide, de comer todos los días, a ser posible tres veces si no hay problemas de obesidad.

Frente a la constante persecución de los malditos y maldicentes jinetes, la moral parece querer imponer el lema: «no corráis que es peor». Ese es al menos el diagnóstico de Nietzsche, para el que dicha moral no es sino el artificio contra-histórico de los débiles, para frenar el intento de los fuertes de superar los límites que nos separan de los supuestos dioses que supuestamente prohíben dicho intento de trascendernos a nosotros mismos, a partir del hombre hacia el Superhombre.

Sin entrar en la cuestión de quién antecede a qué, esta idea nietzscheana del superhombre resulta paradigmática para entender el espíritu moderno, al menos hasta la crisis que representan Auschwitz e Hiroshima. Por supuesto, la vemos encarnada en la utopía nacional-eugenésica del III Reich (término por lo demás también derivado del apocalíptico «imperio milenario»). Pero igualmente escatológico, y transhumanista es el proyecto marxista y soviético de realizar en la tierra un definitivo Paraíso, trasunto histórico del Reino de Dios, siempre —en términos de Mao Tse Tung— mediante un «gran salto adelante» capaz de «hacer brotar flores a millares».

Menos aparentes, pero quizás más eficaces a la hora de generar progreso, son las conexiones transatlánticas del espíritu nietzscheano. Lo mismo que Nietzsche, aunque en otro contexto, Ralph Waldo Emerson (1802-1883) encarna ese espíritu de la época, en el caso de Emerson más por el lado de lo que son las *world fairs* en las que se mostraban los resultados del afán emprendedor, de la iniciativa individual, de la creatividad capitalista. «Trascendentalismo» denominó Emerson a su propuesta, y como «americanismo» fue condenada por la Iglesia como desviación del verdadero espíritu católico. En cualquier caso, conviene no olvidar que a la vez que en Europa se leía a Nietzsche, fue en América donde cuajó la figura de Superman —*Übermensch*, dicho en alemán— como arquetipo al que nada falta de perfecciones transhumanistas y que se dedica a vencer al mal volando entre rascacielos, que ya se sabe son torres que desafían con la gravedad el orden de los límites naturales. Por ello también se habló de *hybris* y *némesis* cuando cayeron las Torres Gemelas, que con Auschwitz y Chernóbil representan el colapso de esas aventuras, transhumanistas

avant la letre, que supusieron el III Reich, la Rusia soviética y la América capitalista.

¿A dónde queremos ir a parar? Pues de entrada a ningún sitio, porque *ubi dixistis stasis, ibi peristi* (donde dijiste basta, pereciste). No lo hice Nietzsche, ni Emerson, ni el Popper de «búsqueda sin término». El dicho es de San Agustín, y lo mismo podría reflejar el afán socrático del saber que se busca, o el más tranquilo devenir de Aristóteles que más allá de su naturaleza —por eso nos reproducimos, dice, y evolucionamos, podemos añadir— busca imitar la perfección del Primer Motor.

Por eso, bien nos puede ir pareciendo, en primer lugar que el «daño» pertenece a nuestra naturaleza, nos es connatural, como signo de nuestra finitud; y al mismo tiempo también la imposibilidad de conformarnos con él, porque a esa naturaleza pertenece igualmente el incesante impulso de superarlo y dejarlo atrás.

Vamos a dedicar estas páginas a reflexionar sobre ese «daño», también y por lo mismo sobre lo que tiene nuestra existencia de caduca y deficitaria. Y a la vez sobre la vida a cuya esencia pertenece el constante afán de transformar en un plus la leyenda de *non plus ultra* en aquellas columnas que señalaban sus límites como *Finis Terrae*.

2. El superhombre dañado

Múltiples son las formas en que nuestra esencial finitud se manifiesta. Enfrentarse a ellas constituye la sabiduría de esa vida de la que presumen faquires hindúes, monjes budistas, eremitas griegos; lo mismo estoicos que epicúreos, cínicos a lo Diógenes; y recientemente predicadores varios de la ecológica sostenibilidad del planeta.

Vaya por delante que no comulgo con ninguno de ellos. Nadie busque en estas páginas una sabiduría de la conformidad. Puestos a simpatizar prefiero hacerlo con los gladiadores, que declaraban su mortalidad (*morituri*), no rindiéndose, sino animándose a la lucha con el lema «fuerza y honor». Y es que es cierto que no somos dioses, pero no lo es menos que en las religiones bíblicas suponemos que, aunque de barro de la tierra, fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios. Y que la poesía griega, solo un poco más descaminada, entiende que las cosas bellas, sobre todo hombres

y mujeres, en su juvenil corporalidad, son escalones válidos para ascender a la imaginación de lo divino.

Pero eso dicho, ciertamente es insensata la vida que no incorpora a la reflexión sobre sí misma sus propios límites, quizás precisamente como aquello que se trata de superar.

Por eso sí es probablemente verdad que la experiencia pandémica en la que estamos sumidos es una llamada a esa reflexión, para recordar que en todo caso la vida, que es bella, no por ello es fácil; y que su triunfo final tiene, en efecto, un sentido escatológico que ni de lejos está al alcance de la mano, y desde luego no va a depender de un definitivo avance tecnológico que estuviese al caer.

Pretendo en estas páginas explorar la geografía de esos límites, que más que simples fronteras para delimitar lo exterior, son interiores y nos separan de múltiples formas de nosotros mismos.

Valen como tales los ya mencionados Jinetes del Apocalipsis, que en tiempos helenísticos del apóstol Juan podían resultar casi familiares y en cualquier caso plausibles. Pero hoy la posibilidad de la guerra nos puede parecer lejana, especialmente en una Europa en la que convivimos tres generaciones que en general no la hemos conocido. Lo mismo el hambre como plaga. Si bien sólo hace pocos meses también teníamos casi olvidada a la peste, y ahí la tenemos ahora. Y ciertamente la muerte nos viene siempre a buscar, por mucho que pretendamos retrasarla para que no nos dé amargas sorpresas antes de tiempo.

Por ello es mi intención actualizar, en cierta medida también diversificar, esos momentos de némesis en que afloran como daño los límites de nuestra existencia. Serían las distintas caras de lo que podemos llamar la vida dañada.

Pienso, por ejemplo, en las diversas formas del dolor, esencialmente corporal, porque en él se manifiesta como vulnerabilidad la esencia de dicha corporalidad. También en ese dolor del alma que solemos llamar angustia y a veces depresión, con la vana esperanza de que nos libre de él algún reciente fármaco. Interesa también considerar lo que la vida tiene de déficit, de impulso por colmar, por ejemplo en la niñez, o en los distintos tipos de inmadurez; a los que hay que saber enfrentarse si es que queremos superarlos. Eso si son superables, porque a veces no lo son y hablamos

entonces —si es que lo hacemos— de deficiencias o de disminuidos físicos —ciegos, cojos— o psíquicos. Pensemos en los Down, autistas, neuróticos graves, alienados mentales. A veces el déficit y el daño tienen carácter social. Es difícil en nuestras culturas constatar niveles de carestía que afecten a la supervivencia. Nadie o muy pocos mueren de hambre o frío. Pero a veces el daño está en la comparación y afecta a la dignidad, adquiriendo dimensiones inasumibles en diversas formas de pobreza extrema y marginación social. Luego a todos, antes o después, con mayor o menor gravedad, y con tendencia a empeorar, nos afecta ese daño en forma de enfermedad. Suele tener que ver con algo que no lo es pero lo parece, que es la vejez. Y así, por último, viene al encuentro lo que resulta nuestro ineludible y definitivo, al menos en el sentido de definitorio, destino, que es la muerte.

3. Cultura y daño

Una cultura, como la estudia la antropología, es la articulación social de comportamientos, horizontes de significación y sentido, técnicas de supervivencia y producción, pautas reproductivas y sistemas de parentesco y organización familiar, todo ello mediado por instituciones educativas, estructuras de gobierno y referencias de carácter legal, moral y religioso. Una cultura es, pues, una forma compartida y bastante compleja de vivir. A ser posible bien, porque la integración en ese sistema de acción conjunta en una cierta medida y en relación con el medio ambiente garantiza la supervivencia de personas y grupos sociales, e incluso a veces o según las estaciones, un cierto bienestar.

Hago esta referencia porque, además de enmarcar el desarrollo de las formas vitales hacia su plenitud, las culturas son también formas de gestionar su daño. El anciano, la niña, el herido, el tonto del pueblo, por supuesto el difunto y los que le hacen duelo, todos ocupan su lugar en el organigrama cultural que da a las cosas su sentido. Y entonces hemos de preguntarnos si nuestra cultura no tiene en este sentido graves disfuncionalidades en las que puede ocurrir que se pierda el sentido de la vida dañada.

No quiero decir con esto, ni de lejos, que otros pretéritos ajustes culturales de distintas formas de vida fuesen preferibles o siquiera justos, especialmente en estos casos de vida deficiente, marginal o de cualquier manera dañada. Ser feo en Grecia, negro en Alabama, homosexual en la Inglaterra victoriana o leproso en la Palestina judaica, no eran cosas que permitiesen disfrutar de una amorosa o empática integración social. Pero al menos esas sociedades estaban seguras de sí mismas en la asignación de los correspondientes roles. Pienso que hoy esa seguridad se ha perdido. Puede ocurrir que un síndrome de Down tenga en nuestra sociedad más posibilidades de razonable integración, más derechos reconocidos, que hace cincuenta años. Pero sólo si no lo abortan antes de nacer, que va siendo ya lo más probable. Un negro de Alabama puede estudiar en Harvard, quizás con más probabilidad estadística que un blanco de Indiana con similares calificaciones. Pero la crisis de identidad la tiene servida en una sociedad que ya no sabe funcionalizar su persistente racismo. A un anciano se le reconocen derechos de asistencia a la dependencia, a la vez que se le invita legalmente a dejar de molestar mediante el recurso a una «buena muerte», que eso es lo que significa «eutanasia»; y que ya no es la muerte que Dios quiere, sino, eso, la que uno asume para no estorbar. En fin, a un homosexual se le permite «salir del armario», pero para subirse militante, en uniforme sado-maso, a una carroza del orgullo gay; o al menos aplaudir a su paso, en una igualmente problemática identidad, interpretada sexualmente de una forma que en absoluto se exige a un heterosexual al que se le permite ser sin más, pacíficamente, bombero o secretario de ayuntamiento, sin necesidad de disfrazarse de actor porno.

En fin, no creo exagerar si me atrevo a sostener que nuestra cultura tiene un serio problema a la hora de asignar identidades a lo que, de una u otra forma, siguen siendo daños vitales, tipos marginales, o disfuncionalidades varias.

4, La eugenésica «calidad de vida»

Somos una cultura que del último gobernante al Santo Padre de roma pretende regirse por la misericordia, por la schopenhaueriana compasión como alternativa a la voluntad de poder. Como Nietzsche me atrevo

sospechar tras de tanta dulzura una importante dosis de humana, demasiado humana hipocresía, a juzgar por lo fácil que juzgamos como carentes de valor formas de existencia que no se ajustan a los cánones casi olímpicos de eso que llamamos «calidad de vida». Esa calidad se mide simétricamente por el desprecio de todo lo que en la vida hay de déficit y daño. Como placer frente al dolor; salud en vez de enfermedad; riqueza, en el desprecio del pobre; juventud a la que horroriza la vejez; confort, en fin, contra todo trabajo y fatiga.

Una vida de calidad parece aquella que se complace en sí misma, en el olvido del camino por el que, sin rehuir el daño y la dolencia, la vida recorrió la esforzada senda que le llevó a los pequeños y siempre provisionales triunfos. «Yo no amo la felicidad, amo mis obras», decía Nietzsche. Son las obras del esfuerzo, de los trabajadores, de los descubridores, de los inventores, de los verdaderos empresarios; de los aristócratas —en su nietzscheano sentido— que en sus escudos de armas ponían aquello de *per aspera ad astra*. Ahora es «calidad de vida» lo que nos permite despreciar a aquellos que la hicieron posible con su esfuerzo. Así, de aristócratas —de las armas, de las ciencias, de los retos montañosos, de las múltiples formas de trabajo— hemos devenido en «pijos» de papel cuché.

Pues bien, quiero sostener en estas páginas que, justo al contrario de lo que se quiere entender, la verdadera calidad de vida es la que inseparablemente la liga al límite que en ella se supera. Pero de forma entonces que sin dolor de parto no hay alegría del alumbramiento; que sin pena no hay vida que la valga. Y así viene el placer, que pide eternidad —dice Nietzsche— engarzado en el dolor que lo liga al tiempo y su caducidad —y su «fue», dice también—. Por eso, si queremos eliminar de la vida lo que tiene de feo, arruinamos su belleza. Y si nos empeñamos en mantenerla sin daño, en el maldito intento eugenésico, cuando ya no haya viejos, ni deficientes, ni lisiados, la vida con su claroscuro habrá perdido todo su significado de humanidad. Más aun, sin pecado tampoco habrá redención. Ni resurrección si antes no pasamos por la muerte.

5. La vida del revés

Por todo ello, me atrevo a decir que la vida hemos de entenderla, nosotros los finitos, desde el otro lado del tapiz, por donde están los nudos que, desde lo absurdo de cada uno, justo entre todos dibujan su sentido. Por eso la vida no se nos puede abreviar, no en el sentido de intentar eliminar en ella, buscando «calidad», lo que en la existencia hay de límite y daño. Del mismo modo cómo esos mismos límites, el dolor y el daño, adquieren su último sentido cuando los dejamos atrás y vemos que no son definitivos. Los lamentos de Segismundo en la cueva —«¿qué es la vida?: una ilusión, una sombra, una ficción»— lejos de toda sabiduría, no dejan ser quejas del débil que se rinde a su triste destino. Estoicismo es cobardía, rendición de lo debido, excusa de mal pagador.

Peor todavía, como señalábamos al principio, es la bipolar oscilación entre la euforia y la rendición, en la que los dos extremos se pretenden salidas viables para el drama existencial. La clave del misterio de la vida no está en algún tipo de equilibrio entre victoria y daño, entre hybris y némesis, como si fuesen platillos opuestos de una balanza, sino en la original ligazón de la vida con su límite, que supone a su vez experiencia de un daño que se abre a la esperanza. Es desde ese daño concreto que la esperanza no es vago anhelo, sino determinada lucha por una vida mejor.

Por eso digo aquí que la vida se entiende del revés: la salud desde la enfermedad, la riqueza desde la pobreza, la perfección desde el déficit; y por supuesto la vida (eterna) desde la muerte.

6. Transhumanismo, utopía y el humilde trabajo

Volvemos aquí a dónde empezamos: al choque brutal que ha representado la actual pandemia para una cultura occidental que empezaba a relamerse con las mieles de una utopía transhumanista; desilusión que amenaza ahora con invertirse en autodesprecio y desesperación. Cuando creíamos tener al alcance de la mano la superación cuasi farmacológica del gen egoísta, la solución bio-ingenieril de defectos y enfermedades, y poco menos que la consecución de la vida eterna, resulta que nos da miedo salir a la calle y saludar a primos y sobrinos. El «no somos nadie» de los entie-

rros, a los que ahora casi no podemos asistir, ha vuelto a ser la conclusión de las escasas conversaciones a que nos atrevemos. Y muchos hemos dejado de atender a las noticias, por la angustia que producen.

Algunos han caído. Otros caerán. Y todos a nivel planetario, hasta lo profundo de las selvas amazónicas o los asentamientos inuit de Alaska o Yakutia, todavía podemos caer víctimas del «bicho». Pero en un gesto de audacia frente a la desolación, hoy me he atrevido a leer algún periódico digital. E informaba de que hay ya, en apenas cinco meses de curso epidémico, 160 proyectos de vacunas en distintos estadios de desarrollo. Especialmente interesante es que estos proyectos son todos resultado de esfuerzos cooperativos: de distintos países, de instituciones públicas y empresas privadas, de científicos, políticos y capitalistas. Y hay algo que con toda seguridad ya podemos decir: no sólo que resistiremos, sino que venceremos a la amenaza; que la virología como ciencia va a dar un salto de gigante, lo mismo que la industria farmacéutica; e igual la cooperación internacional, científica, económica y sanitaria. No solamente sabremos más, y estaremos mejor pertrechados ante otras nuevas amenazas que seguro vendrán. También, y ahora gracias a la peste, como otras veces por el hambre y la guerra, y siempre por medio de la muerte, seremos mejores.

Eso va a ocurrir. Con o sin cada uno. Es ley de vida: naturaleza y cultura siempre se superan a sí mismas en su carácter evolutivo y progresista. Por eso, la intención de estas páginas no es proporcionar recetas para superar nuestro actual mal momento. Después de ya no corta vida y de algún estudio, he llegado a la firme convicción de que la filosofía no sirve de preceptora de la existencia, personal o social. De Platón para acá, cuando verdaderos o supuestos filósofos han pretendido ponerse a la vanguardia de la historia, ésta ha terminado siempre en catástrofe. Más modestamente le asigna Hegel el papel de lechuza crepuscular, que va siempre por detrás, no dando lecciones, sino aprendiendo del curso de esa historia algo sobre nosotros mismos.

Y eso es lo que queremos hacer aquí: reflexionar, sobre la vida misma, en relación con sus límites, para aprender de nuestros daños, humildad, y esperanza de todos aquellos que ante esos daños no se rinden.

